

## Lo que hace escribir

Ángel Gabilondo

No es fácil identificar las razones por la que alguien decide escribir. Tampoco está claro que, una vez conocidas, el asunto quedara resuelto. Más enigmático aún qué caminos pueden conducir a publicar, esto es, a ofrecer no sólo a la luz pública, sino a algún otro nuestras palabras. Tal vez hacerlo ni siquiera obedezca a una decisión, ni resulte como fruto de una deliberación. Estar resuelto a escribir responde en muchas ocasiones a una necesidad que no se presenta como una obligación. Parece ineludible y no es un mero impulso. Es algo que ocurre, le ocurre a alguien y lo asume, incluso quizá lo padece o disfruta. Si hemos de hablar de impulso o de instinto será en la medida en que esta palabra tiene tanto que ver con estímulo, con estilo.

Nunca se sabe de antemano cómo alguien llegará a aprender, mediante qué amores se llega a ser bueno en latín, por medio de qué encuentros se llega a ser filósofo, en qué diccionarios se aprende a pensar. Los límites de las facultades se solapan unos con otros bajo la forma fracturada de lo que lleva y transmite la diferencia. No hay un método para encontrar tesoros y tampoco hay un método de aprender.

[Gilles Deleuze]

Tampoco está claro cómo alguien llega a la escritura o cómo es ella la que le toma, le envuelve, le conduce y le ofrece a la par los espacios para su mejor libertad.

Escribir es también escuchar, injertar, insertar. Ello requiere la permanente asistencia a la más fecunda escuela: la lectura. Leer bien es indispensable para la escritura. Y leer bien es mucho más que hacerlo correctamente. Ser capaz de seleccionar, de detenerse y demorarse, de vivir lo leído con pasión e intensidad, de recrearse en ello, de disfrutar con los argumentos, con los motivos, y de emocionarse con lo que se dice y con lo que se alude o sugiere conforma el arte de escribir. Y, más aún, resulta indispensable aprender a deletrear, a saborear la forma, la grafía de las letras, su anuncio de una palabra incipiente, su huella de una que se fugó. Tener relaciones con la materialidad de las palabras, con la imposibilidad de su absoluta

apropiación es comprender que ellas van incorporándose en nuestra existencia, dando gimnásticamente forma al pensamiento, incluso al sentimiento.

Cuando nos vemos desafiados por la escritura, más se parece a una llamada o a una convocatoria, a algo que nos dice "ven" y que se ofrece como una potencia de nuestras limitadas posibilidades. Sin embargo, y a la par, nos encontramos con un don y un regalo que es a la vez una exigente desafío. No dormir por una palabra que nos falta es comenzar a reconocer que aquella inscripción se ha inscrito en nuestra forma, no sólo de dormir, sino de vivir. Y ya todo es vivido como esta vocación, no como una profesión, con aires más de apóstol que de profeta de la escritura.

De ser así, uno es capaz incluso de firmar, que es tanto como reiterar una ausencia hasta la desaparición, una diferencia repetida de lo mismo en que uno no cesa de irse y de despedirse de sí. Escribir es, por tanto, una generosidad que comporta un cierto desfallecimiento. De ahí que no siempre necesariamente coincidan escribir y publicar, pero no sólo porque alguien preserve lo que escribe sino porque hay quien publica y ni él ni lo escrito tienen relación alguna ni con la escritura ni con el acto de escribir.

Recientemente José Saramago recordaba que la condición fundamental para escribir es sentarse. Tal vez este sentarse, que incluye la ascesis de un ausentarse, es una forma de entrega, que es también una toma de distancia, la apertura de un espacio en el que el tiempo ya no es sólo duración.

Leer y escribir son un modo de saber que trastorna el conocimiento, que ofrecen la experiencia de sus límites y que, sin duda, acompañan los avatares de nuestras, en ocasiones, en tantas y muchas, existencias cotidianas sin demasiados alicientes. Quizá encontramos en las palabras las razones y fuerzas de las que carecemos y ellas nos hacen retornar al rumor incesante de las que brotan, a ese murmullo silencioso y elocuente que nos da que decir.

Escribir no es una forma de hablar, es un fruto del decir. Y no sólo, ni sobre todo, a otro, sino con él. Sin lectura, no hay escritura.